

JORNADA PRIMERA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

---

LAS PROFECÍAS.

---

I.

EL PROFETA.

¿A dónde vais, hijos míos?

ORIEL.

Somos una turba de esclavos de los judíos cautivos, y vamos hacia Occidente.

EL PROFETA.

¿Creeis que en Occidente no hay esclavos?

ORIEL.

¿Pero serán tan crueles sus amos como los hebreos y los amos de los hebreos?

EL PROFETA.

¿Qué dices?

ORIEL.

Llevamos aún las señales de nuestro martirio en todo el cuerpo acribillado de heridas.

EL PROFETA.

En ninguna parte la esclavitud será tan blanda.

ORIEL.

Allí nos compran, nos venden, nos traspasan, nos doman, nos dejan en herencia como sus ganados.

EL PROFETA.

Es verdad. El esclavo es una propiedad. Pero la ley que ha prohibido verter la sangre humana, ha contado entre los humanos á los esclavos. Si el amo arranca un ojo, ó parte un diente á su esclavo, el esclavo es libre. En el día séptimo, el

esclavo del hebreo descansa. En la fiesta de Páscoa se sienta el esclavo al lado de su señor. Y cuando la ley hace esta advertencia, le dice: Acuérdate que has sido tú también esclavo en tierra de Egipto. En los jubileos mi pueblo emancipa siempre multitud de esclavos.

ORIEL.

La ley hebrea dulcificaba ciertamente nuestro estado. Pero el pueblo hebreo no es obediente á las leyes. En tiempo de la federación de las tribus fué la suerte de nuestra clase más dulce. En cuanto los reyes vinieron, creció el lujo, con el lujo el placer, con el placer y con el vicio la esclavitud. Quisieron los ricos de Israel exprimir todo nuestro sudor sobre la tierra. En vano el salmista aconsejaba en sus tiernos cánticos el rescate de los hijos del pobre; en vano Salomón y todos los profetas aconsejaban la mansedumbre; todos nuestros males se recrudecieron y todos nuestros hijos lloraron bajo el látigo de los israelitas, ingratamente olvidados del cautiverio de Egipto.

## EL PROFETA.

Es verdad. La esclavitud se ha recrudecido en Babilonia. Los judíos se han contagiado con los vicios de la ciudad en que estaban cautivos. Los ricos han querido quemar esencias en pebeteros de ámbar; vestir la rozagante púrpura de Tiro; embriagarse con los vinos del Eufrates; dar festines como los festines asirios que Dios ha maldecido. En medio de la orgía han penetrado los profetas y les han dicho que si su antigua corrupcion les ha traído el cautiverio, la corrupcion en el cautiverio les traerá la muerte. Y sobre sus viviendas pasará el trillo, y en sus santuarios sólo anidará el lagarto.

## ORIEL.

Profeta, no os han oído. Y los esclavos de Israel son vendidos todos los días, vendidos á vil precio en los mercados de Babilonia..... Maldito sea el pueblo....

## EL PROFETA.

No lo maldigas, siervo. No lo maldigan tus hermanos.

## ORIEL.

¿En qué se distingue, si tiene esclavos, de los demás hombres?

## EL PROFETA.

En que prepara una idea, sí, una idea, á cuyo calor se ha de comenzar vuestra anhelada redencion.

## ORIEL.

Es la primera vez que oigo esta palabra en labios de un hombre libre. Profeta, dinos una vision del porvenir. Dinoslá, y fortalécenos para continuar nuestro camino.

## EL PROFETA.

¿Quereis oír mi profecía?

## LOS SIERVOS.

Todos, todos.

## EL PROFETA.

Tened fé en que sereis redimidos.

## ORIEL.

Tenemos hasta esperanza.

## EL PROFETA.

Estas son las visiones que os comunico. Guardadlas en el corazon.

El ángel que graba en libros de diamantes los grandes hechos humanos, desciende á la tierra y se posa en el extremo Oriente. Su cabeza se inclina sobre el pecho como si no pudiera sostener el peso de un gran pensamiento. No de otra suerte se inclina sobre su tallo la rosa en las mañanas de la primavera cuando no puede sobrellevar el peso del rocío celeste. En el suelo incandescente del desierto, se levantan nieblas rojizas semejantes á lazos de fuego, y en esas nieblas se dibujan con oscuros colores visiones apocalípticas, dignas de ser contadas en la severa lengua de los profetas. La tierra se halla agitada, convulsa, como una

mujer en los dolores del parto. Grandes terremotos la sacuden, que abren profundísimas grietas, de las cuales se levantan á los aires vapores mefíticos en que vá disuelto el aliento de la muerte. El cielo parece un volcan del revés, un volcan que tuviera su cráter hácia la tierra. Las piedras crugen, las ramas de los árboles se entrechocan, los montes se inclinan como bosques agitados por el huracan, los rios salen de madre y se extienden por los profundos valles como las lágrimas por las arrugas de envejecido rostro; y los mares irritados se alzan en espirales de hirvientes trombas á lo infinito, y vuelven á caer mugiendo en sus profundos lechos que semejan negras copas rebosando hiel. Y sobre todo este desquiciamiento, allá en las regiones limpias y serenas de lo infinito, se extiende por la inmensidad donde componen los astros su inefable música, una como sonrosada aurora, en la cual se dibujan hermosos ángeles con túnicas celestes, alas blancas, coronas de luz sobre las espaciosas frentes; arpas en las manos, entonando un himno, al que se asocian los coros de los mundos. Grandes ciudades pasan como una procesion misteriosa de sombras. Sus torres y sus palacios y sus muros se caen, y sólo quedan de pié sus sepulcros. Ba-

bilonia llora sobre sus jardines abandonados; Menfis se envuelve como en un sudario en las arenas del desierto; Atenas y Corinto depositan en las orillas de sus mares las coronas de acantho; Jerusalem se retuerce de dolor sobre las piedras destrozadas de su santuario; Tiro, como la Safo griega, se envuelve en su manto de púrpura y se arroja del seno de sus naves al seno de las ondas. Pasa, seguido de una legión de guerreros griegos, los cuales repiten versos de la Iliada al son de las lanzas sobre los escudos, un joven maravilloso en un carro de oro, tendido sobre cogines de púrpura, con la túnica clásica en los hombros y la tiara oriental en la frente; los labios vibrando voluptuosas odas, la convulsa mano en una copa de esmeralda milagrosamente cincelada, y los ojos fijos en hermosa virgen, vestida de blanco, y coronada de adelfas que, ante él de pie, tiembla á su mirada, como la casta Dafne á los rayos del sol. Alejandro, Alejandro, dicen las ciudades y repiten las bóvedas de los sepulcros como un grito de angustia. Yo fundaré, exclama el joven, una ciudad, templo para guardar vuestros dioses, museo para colgar las coronas de vuestras artes, academia para encerrar vuestras ideas, biblioteca para depositar vuestros libros, santuario

para vuestro espíritu, lecho para confundir vuestras razas; yo la fundaré á la sombra de las palmeras y de las pirámides, con el mar delante como un espejo, y detrás el desierto como un misterio, y será por el pensamiento la diosa de la tierra, como heredera universal de vuestra vida. Entonces una voz misteriosa dice: es tarde. Para tí la vida es un festin, y Dios quiere que la vida sea un combate. De misteriosa selva sale una ciudad con una lanza en la mano y una loba en los piés. Algunos bandidos, gentes de diversas ciudades ignominiosamente expulsados, la siguen, y vá á conquistar en esta ciudad.

El génio irónico y burlesco que hay al pié del mundo; el eterno sátiro, llamado duda, meneaba la cabeza y decia: No, no puede ser. Un amarillento rio le besa los piés de barro. Sus casas son de humilde ladrillo, no comparables á los templos de mármol donde se encierran los dioses del Oriente; sus ejércitos bandidos; sus habitantes los miserables de todo el mundo. ¿Ha de ser una cloaca la corona de la tierra? Ladrones, magos, gréculos, argentaras, patricios orgullosos, plebeyos serviles, retóricos viles, ¿vosotros vais á dominar el mundo que no han podido dominar ni los conquistadores ni los sacerdotes? ¿Bastará hacer

una pirueta y recibir un bofeton para tener el espíritu divino de la omnipotencia y mandar en la tierra? Roma, Roma, ¿basta que te decidas a ser en tu monstruosa voluptuosidad la prostituta de todos los pueblos, para convertirte en su reina.

## II.

Mientras tanto Roma escribe en sus tablas una idea, la idea de la unidad del mundo, y con una idea se conquistan los pueblos. Sale de su madriguera, arroja á los cuatro puntos del horizonte cuatro puñados de su tierra sagrada y forma como una nueva humanidad. Siracusa cae de rodillas á sus piés, Cartago muere atravesada por su lanza, Cirene besa las orlas de su manto, Numancia le ofrece sus cenizas, Atenas le entrega su lira, Corinto su cincel, Tebas la llevè de sus sepulcros, Jerusalem su templo, y los dioses todos descenden del Olimpo griego, ó del Oriente asiático para ser los cortesanos de Roma, que lleva en sus manos la aguda lanza y en su frente las fórmulas misteriosas del derecho.

Es una mañana, una de las últimas mañanas del antiguo mundo. Roma celebra sus lupercales,

y un soldado brutal ofrece á un hombre de frente espaciosa y de profundos ojos, cuya figura lo llena todo, espléndida corona de rey. El pueblo romano grita como una fiera herida, grita porque sobre la frente de uno sólo descubre el signo de la esclavitud de todos. La libertad, murmuran algunos, la libertad nos ha dado la tierra; el despotismo nos la quitará. Roma aparece como un monumento inmenso de autoridad y de grandeza. A sus piés todos los pueblos, en el fondo de las gemonías esclavos de todos los climas, en el Senado representantes de todas las razas, en el circo gladiadores que pelean entre sí, ora á pié, ora desde altos elefantes; en los templos los dioses amontonados de todas las religiones, y en la cima un hombre solo con una corona de laurel sobre las agitadas sienes, á las cuales se agolpa la sangre de toda la humanidad. De pronto un puñal derriba á aquel hombre, que espira en el Senado. Pero su sombra se levanta, se extiende, se dilata como una espesa noche, y cubre á Roma. Entonces el hombre que por virtud habia cometido un crimen, que por humanidad habia matado á otro hombre, viendo la libertad perdida, se clava su propio puñal en el corazon, y muere renegando de la virtud y maldiciendo á Roma.

## III.

Son las tres de la tarde, si, de la última tarde del antiguo mundo. Las tinieblas cubren la tierra. Las aves se esconden gimiendo en sus nidos. Siniestros y agudos truenos resuenan en las nubes. Rojizos relámpagos centellean sin cesar. Sobre un monte hay un patíbulo, una cruz, y sobre esa cruz un hombre divino que espira. Sirvele de pedestal un montecillo que se llama el Calvario. Á los piés de la cruz se vé una mujer de rodillas, con el corazon traspasado de dolor, y los ojos llenos de lágrimas; es una madre. Al pié del montecillo grupos de soldados que se reparten una túnica; son los sicarios de la tiranía. A lo lejos, entre las tinieblas y los relámpagos, Jerusalem; una ciudad que espira. Una corona de espinas atormenta las sienes del mártir, unos clavos sus manos y sus piés. Los soldados, para calmar la



sed horrible que despierta la agonía, le dan en una esponja hiel y vinagre. En aquella suprema agonía vé pasar el mundo antiguo con sus Césares y sus esclavos, y lo condena á muerte. El puñal del tribuno ha sido impotente para matar la tiranía. Pero la ha ahogado la amarga lágrima del mártir. Treinta y tres años ha vivido sobre la tierra. Los doctores le han despreciado, y él ha sabido burlar su ciencia. La Sinagoga le ha llamado blasfemo, y él la ha abierto al espíritu humano. Roma le ha condenado á morir, y él ha condenado á Roma á la eternidad. Ha venido á redimir al esclavo, á grabar la santa idea de igualdad en todas las frentes, á reconciliar á todos los hombres en el seno de la fraternidad universal, á darles con el soplo de sus ideas un sólo espíritu, y un sólo origen, y un sólo padre, que está en los cielos; y todo esto lo ha hecho sin derramar más sangre que su propia sangre, murmurando y no matando, con la aceptación de un cruento sacrificio, la muerte para sí, á fin de que su muerte fuese la vida para todos. Las áuras han secado sus lágrimas y besado sus labios; las golondrinas han quitado las espinas de su corona; el ángel de la muerte, despues de haberle herido, se arrepintió y fué á sacarlo del fondo de su sepulcro.

## IV.

En la Roma de los Emperadores se oye un inmenso festin. En los palacios brillan figuras que se destacan de fondos claros, como si fueran un maravilloso relieve. Representan los espirantes dioses paganos, que del cielo de la fé han pasado al cielo del arte. Una música voluptuosa llena los aires y parece salir de las pinturas de las columnas, de las estátuas, como un misterioso himno. Las lámparas de oro despiden la luz alimentada por el aceite de nardo. En mesas llenas de todas las riquezas del mundo se sirven platos gigantescos, donde se ven todos los manjares que pueden excitar el paladar, y copas de oro y de esmeraldas en que hierven todos los vinos que pueden embriagar el cerebro. Las bailarinas gaditanas danzan al son de las castañuelas, cantan las esclavas griegas versos de Anacreontes más embriaga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Adm. 1625 MONTERREY, MEXICO

dores que el vino, recita el rey del festin voluptuosos poemas, ofreciendo libaciones á los dioses, se matan á lo lejos los gladiadores en formal batalla, mezclando los vapores de su sangre con los vapores de la orgía, y sobre lechos de púrpura, coronados de flores, vestidos de riquísimas sedas, los señores del mundo comen y beben, dejando caer la frente fatigada en el seno desnudo de hermosas mujeres ébrias de placer, cuyos besos se confunden con el ruido de las copas y los acordes de la música. En medio del festin, cuando más entregados están aquellos hombres á sus delicias, se oye un espantoso fragor como si un mundo se desquiciara sobre sus cabezas. Las puertas ceden. Unos jóvenes altos, nervudos, de larga cabellera, vestidos de pieles, cubiertos de sangre hasta las rodillas, con hachas en las manos, entran. A sus pasos las pinturas de los dioses se desvanecen como un sueño, las estatuas caen, los cánticos cesan, y los afeminados señores de la tierra corren á esconder su vergüenza. Son esclavos de una raza más fuerte.

## V.

Roma ha muerto. Sobre sus ruinas, amontonadas y llenas de sangre, se oye el cantar de Alarico, tan siniestro como el chillido del ave nocturna, como el rugir de las fieras. El Tiber arrastra lentamente en sus ondas de hiel los amuletos, los idolos, todas las reliquias del mundo que ha espirado. Sobre las columnas rotas, sobre las estatuas mutiladas, sobre las aras esparcidas yacen cadáveres en tanto número, que parecen una siega de hombres. La noche es sombría. La luna, que de vez en cuando rompe el velo de las nubes, ilumina este paisaje como una lámpara funeraria. El aire triste que gime entre las ruinas va cargado de cenizas. Algunas veces sopla tan fuertemente, que hace chocar unos huesos con otros huesos en siniestro ruido. Gigantescos monumentos han quedado de pié entre las ruinas como pa-